

bía pasado con los maridos anteriores, pero el guía, conociendo sus pensamientos, le tranquilizó con estas palabras:

—No temas acceder a la petición de tu sobrino. El que tiene el temor de Dios, está libre de peligros.

Tobías no pasó adelante. Fué su compañero quien caminó hasta la ciudad de Rages para cobrar los diez talentos. Gabelo se los dió inmediatamente, y quiso luego llegarse hasta Echatana para conocer al hijo de su amigo. Llegaron cuando estaban celebrándose las bodas. Tobías se había preparado poniendo sobre unos carbones el corazón y el hígado del pez, acto simbólico que representaba la inocencia de su alma. Nada sin embargo había sucedido.

PROBLEMA CRITICO E HISTORICO

Después de algún tiempo, creyó Tobías llegada la hora de volver a Nínive, donde su madre no cesaba de lamentarse por la ausencia del joven. Raguel le entregó a su hija Sara y, con ella, la mitad de su hacienda. Tardaron once días en recorrer la mitad del camino.

—Adelantémonos —dijo a Tobías su solícito compañero—, y que tu mujer con los criados y los camellos vengan detrás, pues tus padres te aguardan impacientes, y cuando llegues a casa unge los ojos de tu padre con la hiel del pez.

Es verdad, Ana y Tobías estaban impacientes. La pobre madre salía diariamente hasta una cima que había junto al camino, por donde tenían que venir. Y un día, al fin, reconoció a su hijo desde lejos, y poco después apareció ante ella, meneando la cola, el perro que le había acompañado en el viaje. Llevado por un muchacho, el padre sa-

lió al encuentro de su hijo, y después de recibir el primer abrazo, el joven Tobías ungió sus ojos con la hiel del pez. Fué un remedio prodigioso, porque a la media hora comenzó a desprenderse una telilla como de huevo, y el anciano recobró la vista. Siete días más tarde llegaba Sara con todo su séquito.

Lleno de alegría y de agradecimiento, el anciano llamó al guía de su hijo, y en recompensa de tantos beneficios, le ofreció la mitad de su hacienda. Fué entonces cuando él descubrió su verdadera personalidad: «Benedicid al Dios del cielo —le dijo—, y alabadle delante de todos los vivientes, porque ha hecho con vosotros su misericordia... Mejor es la oración con el ayuno y la limosna que acumular tesoros... Cuando orabas con lágrimas y enterrabas a los muertos, yo presenté tu oración al Señor. Y porque eras acepto a Dios, fué necesario que la tentación te probase... Porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor.»

Al decir estas palabras, el guía desapareció, y todos los presentes cantaron las alabanzas de Dios. El autor sagrado pone en boca de Tobías uno de los himnos más bellos de la *Biblia*. El anciano se convierte en profeta, la lira de David vibra en sus dedos y canta a Jerusalén con la sublimidad de Isaías, con el esplendor de su imaginación y con el encanto de su estilo inimitable.

Tal es el delicioso libro de Tobías, brevemente resumido. En él se nos presenta una especie de manual de la vida en un hogar, donde se teme a Dios. Su tesis es que el justo puede ser sometido a grandes pruebas, pero que si permanece fiel, Dios le dará la abundancia de los bienes materiales. A esta idea fundamental, que en la Vulgata toma casi un sentido cristiano, se juntan otras en-